15

Pedro Muñoz Seca

LOS QUE FUERON

ENTREMÉS EN PROSA, ORIGINAL

Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1916

LOS QUE FUERON

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

508:10

LOS QUE FUERON

ENTREMÉS EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, la noche del 13 de Abril de 1916

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NUMERO 551
1916

Para Leovigildo Ruiz Tatay

y Alfonso Muñoz

conmucha admiración y mucho cariño,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BENITEZ	Leovigildo Ruiz Tatay
GONZÁLEZ	Alfonso Muñoz.
ENRIQUE	Rafael M.ª Labra.
JUAN	Andrés Babe Botana.

ACTO UNICO

Un rincón del Retiro, el más oculto; el que buscan los enamorados para arrullarse. Un banco rústico al pie de un arbol corpulento. Es de día. Epoca actual.

BENÍTEZ y GONZÁLEZ

Son dos ancianitos de simpático aspecto, rostros afables, y un tanto raídas indumentarias. Benítez es... el famoso Benítez, un actor que enloqueció a los públicos de su tiempo. González es... el genial González, un autor aplaudidísimo medio siglo ha. Entran por la derecha y con pausado andar, abatidas las frentes, mudos los labios, se dirigen al ya mencionado banco, que estará situado en el foro.

BEN. Mira, aquí estaremos muy bien: buen sol lindo paisaje y un asiento apropósito para un idilio.

GONZ Tienes razón.

BEN. (Colocando en el asiento un ancho pañuelo y mostrando al hacerlo los muy zurcidos fondillos de sus raídos pantalones.) Cuidemos la ropa.

GONZ. Vaya: no te conformas con estropear los pantalones; te gusta estropear al mismo tiempo los pañuelos.

BEN. (Gruñendo.) Bueno; mejor. Hago lo que me da la gana.

GONZ. Por mí, como si quieres poner el sombrero. (Sentándose trabajosamente y quejándose a medida que dobla el cuerpo.) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

BEN. (Entre molesto y compasivo.) ¡Qué! ¿No te mejoran esos dolores?

GONZ. ¡Quiá! (Palpándose la rabadilla.) Este maldito lumbago me trae frito.

BEN. ¿Lumbago? ¿Qué es eso de lumbago?

GONZ. (En tono un poco agrio.) ¡Lumbago, hombre, ya está dicho! Un dolor muy agudo, aquí en las vértebras lumbares. (Se palpa.)

BEN. ¡Ah! En los riñones.

GONZ. (Con aspereza.) No, en los riñones, no; en la región lumbar, que no es lo mismo.

BEN. (Irónico.) Tú, por llamar región a cualquier parte de tu cuerpo, te vuelves loco.

GONZ. (Entre dientes.) ¡Anda ya y que te enmelen!...

BEN. ¡Región! ¡Vaya una región! ¿Te duele ahí? Pues eso es lo sensible; lo demás importa poco.

GONZ. (Destempladamente y deseando poner término a la discusión.) ¡Bueno, hombre, bueno!

BEN. (Creciéndose.) Cuando a mí me duele aquí (Por la frente.) digo que me duele la cabeza; y cuando me duele aquí (Golpeándose el cogote.) digo también que me duele la cabeza, porque todo esto es cabeza.

GONZ. (Despectivamente.) ¡Eso quisieras tú!

BEN. ¿Eh?

GONZ. Si fuera cabeza todo eso, no te verías como te ves, sin familia y en la miseria.

BEN. Peor estaría en la miseria y con familia.

GONZ. No; salidas no te faltarán.

BEN. ¡A ver!

GONZ. No sé como no te da vergüenza: la gloria de un siglo, el primero de los actores de toda una época, viviendo casi de limosna. Y todo por manirroto, por despilfarrador, por inconsciente. ¡Bah! Está visto; los actores en escena; fuera de ella nulidades.

BEN. (Agresivo.) Y los autores como tú, nulidades dentro y fuera de la escena.

GONZ. ¡Benítez!

BEN. ¿Por qué no ahorraste tú? Porque tú también has tenido tus años de opulencia.

GONZ. ¡Bah! No quiero hablar.

BEN. ¡No puedes hablar! (González gruñe.) Que soy pobre: bueno.. ¿Y qué? Pero soy quien soy. Mas de un ricacho vulgarote daría la mitad

de su fortuna por pasear estas gloriosas miserias, oyendo decir a las gentes: ¡Ese es Benítez!... ¡Ahí va Benítez!... ¡Benítez!... ¡Qué gran actor era Benítez!

GONZ. (Aparte.) ¡Iluso! ¡Cómo si alguien se acordase ya de Benítez!

BEN. ¡Ahorrar! El ahorro supone egoísmo, pequeñez de espíritu. Eso de pensar en el porvenir está vedado a los que necesitan todo su cerebro para mirar el presente. ¡Ahorrar! De haber ahorrado, otra hubiese sido nuestra condición, y no hubiéramos sido lo que fuímos.

GONZ. ¡Lo que fuímos! (Tras un golpe de tos y abrochándose la americana.) ¡Pensar que he tenido once gabanes en mi armario y ahora no puedo echarme encima ni el armario! (Tose.) Y no creas que me apura el frío; eso es lo de menos. Es que me sonroja que digan al verme: ¡Ahí va González!... ¡González!... ¡El autor!... ¡Y cómo va el pobre González!

BEN. (Aparte.) ¡Infeliz! Como si alguien se acordase ya de el santo de su nombre. (Pequeña pausa.) ¡La vida, chico, la vida!

GONZ. Qué, ¿viste a don Remigio?

BEN. Sí; pero... nada.

GONZ. ¡Ingrato! Un empresario que se hizo rico a mi costa.

BEN. ¿A tu costa?

GONZ. ¿Vas a negar que explotó mi repertorio?

BEN. (Agresivo) ¿Y qué hubiera sido de tu repertorio sin mí?

GONZ. (Agresivo.) ¿Y qué hubiera sido de tí sin mi repertorio? ¿Eh? ¿Quien te dió a conocer? ¿Quien te hizo hombre? ¡Contesta! ¡¡Mis obras!!

BEN. ¡Buenas están tus obras!

GONZ. No eres tú quién para juzgarlas.

BEN. Eso es otra cosa. Como si los actores no tuviéramos criterio en lo que precisamente debemos tenerlo. (Gruñe González.)

GONZ. Pues no señor, no lo tienen ustedes.

BEN. ¡Acuérdate del estreno de las «Las Pirámides»; bien claro te lo dije: ¡González, que «Las Pirámides» pesan mucho! ¡González, que en el acto segundo se hunden! Y se

hundieron, sí señor. Menuda grita te soplaron.

GONZ. ¡Nos soplaron!

BEN. Te soplaron; y con muchísima razón; porque tenía versos que parecian hechos en un derribo. (Declamando con chungueo.)

Aunque mi pecho taladre
y al rey, mi señor, no cuadre
el juramento, os exijo:
es justo que quiera un hijo,
lo mismo que quiere el padre.

¡Vaya una quintillita! ¡De abrigo! (Ríe.)

GONZ. Peor estuvo el tropezón que diste al subir la escalinata. También te dieron lo tuyo.

BEN. (Crispado.) ¿Yo? ¿Un tropezón yo?

GONZ. ¡Tú, sí señor, tú!

BEN. ¡Puede! ¡Como había tantos ripios en escena!...

GONZ. (Amenazador.) ¡Benítez!... (Tose.)

BEN. (Desafiándole.) ¡Qué! ¿Qué hay?... (Tose también.)

GONZ. No tienes tú la culpa, sino yo que doy oído a tus impertinencias. ¿Por qué en vez de hablarme de *Las Pirámides* no me hablas de mis otros éxitos?

BEN. ¡Míos!

GONZ. ¡Tuyos! Siempre creen los actores que los aplausos son por ellos y para ellos.

BEN. Y así es.

GONZ. ¡Un cuerno! Declama en escena el Padre Nuestro a ver si te ovacionan. El aplauso es para el autor, para el que concibe, para el que crea.

BEN. Y al actor que lo parta un rayo.

GONZ. ¡Qué lo parta! El actor no es nada: ni nadie; un señor que habla porque sí; pero, claro, como está ante el público, cuando el público aplaude él saluda. También saluda la domadora cuando las focas hacen juegos malabares y hasta cree que el aplauso es a ella.

BEN. ¡Cuántas tonterías dices!

GONZ. Eso no es discutir: argumentos, argumentos.

BEN. (Irónico.) No: si cuando Titta Ruffo canta Rigoleto, el público aplaude a Verdi.

GONZ. (Idem,) No, si cuando ven al Bobo de Coria, de Velázquez, admiran al Bobo.

BEN. Eso es lo que tú eres: un bobo.

GONZ. ¡Y tú imbécil!

BEN. (Crispado.) Esa palabra no me la dices tú a mí dos veces.

GONZ. ¿Para qué? Con decirla una...

BEN. ¡Gonzalez!

GONZ. ¡Qué! ¿Qué pasa?

BEN. ¡Pues no faltaría más!

GONZ. Eso digo yo, ¡pues no faltaría más!

BEN. (Tras una breve pausa.) Caramba: el día que ni tienes para comer, ni tienes tabaco, te pones que, francamente, no hay quien te soporte.

GONZ. No es cosa de ponerse a bailar.

BEN. Sí, pero...

GONZ. ¿Tienes tú?

BEN. Dinero, ni un real.

GONZ. ¿Y cigarros?

BEN. Uno.

GONZ. Que te aproveche.

BEN. Mira. (Enseñándole un buen cigarro habano.)

GONZ. ¡Puro!

BEN. Y bueno. Me lo regalaron ayer: lo guardaba para fumármelo después de comer, pero en vista de que eso de la comida de hoy se pone tan difícil...

GONZ. ¿Te lo vas a fumar?

BEN. Sí.

GONZ. Bueno. (Se vuelve un poco de espalda, como para no sufrir el suplicio de Tántalo, y suspira. Benítez, le mira, sonríe, saca una navajilla y parte el cigarro por la mitad.)

BEN. (Ofreciéndole medio cigarro.) Toma.

GONZ. (Conmovido.) ¿Eh? ¡Benítez!

BEN. Fuma.

GONZ. (Tomando la parte de cigarro.) ¡Gracias!

BEN. Creiste que me lo iba a fumar yo solo.

GONZ. ¡No!

BEN. ¡Sí!

GONZ. ¡Perdóname! (Encienden y fuman ambos con verdadero deleite. Sus caras se transforman; parece que aspiran no bocanadas de humo, sino bocanadas de alegría. ¡Pobres viejos!)

BEN. (Muy satisfecho.) Escucha, ¿en qué beneficio me regalaste tú una caja de cien habanos? ¿Fué el año que estrenamos *Juegos de amor?*

GONZ. No, hombre: el año de *Juegos de amor* fué el de la broma: te regalé un traje de luces, porque tú andabas enamorado de aquella Conchita Becerra, que te traía de coronilla.

BEN. Es verdad.

GONZ. Por cierto que la broma te supo a cuerno quemado, porque como coincidía que era ella la que te toreaba a tí... Lo de los cigarros fué el año que estrenamos *El Conde Enrico.*

BEN. Sí; ahora recuerdo.

GONZ. ¡Ya ha llovido desde entonces!

BEN. Y ha tronado, que es lo peor.

GONZ. (Añorando.) *¡El Conde Enrico!* ¿Te acuerdas?

BEN. (Idem.) ¡Qué obra aquélla!

GONZ. ¡Qué Conde hiciste, Pepillo!

BEN. ¡Es que aquel Enrico decía unas cosas muy grandes, Rafael!

GONZ. ¡Qué éxito!

BEN. ¡Qué éxito!

GONZ. Mucho tiempo te llamó Enrico, todo el mundo.

BEN. Es verdad. ¿Te acuerdas de mi escena con el rey, cuando yo arrojaba a sus pies aquel puñado de monedas?

GONZ. ¡Qué ovación!

BEN. (Declamando.) ¡Si es limosna, señor, ved lo que hago!

GONZ. ¡Qué bien has tirado tu siempre el dinero, Pepillo! Por eso desde aquella noche te llamamos Enrico.

BEN. ¡Aquella escena electrizaba al público!...

GONZ. ¡Cómo te escuchaban! ¡Cómo seguían tus palabras, tus gestos!

BEN. (Evocando) ¡Sí! Con los cuerpos inclinados, entreabiertas las bocas, brillosos los ojos, como febriles, y en los ojos lágrimas, y en las lágrimas besos de luz... ¡y aquél silencio de pesadilla, aquél vaho de fuego!... El silencio de un sollozo que no rompe y el fuego de unas lágrimas que no caen de los ojos. Y yo, arriba, en escena, ante una corte que me admiraba, arrojando un puñado de monedas a los pies de un rey que me ofendía... ¡Si es limosna, señor, ved lo que hago!...

GONZ. (Conmovido.) ¡Y luego!

BEN. Luego... la explosión atronadora, la ovación delirante, el aplauso entusiasta... ¡Cuántas veces lo escuché llorando! Y tú... ¡cuántas veces al tirar de ti para que conmigo lo compartieras llorabas también!... ¡Como lloras ahora!... ¡Como ahora lloramos los dos!... (Ahoga un sollozo.)

GONZ. (Abrazándole conmovidísimo.) ¡Pepillo!

BEN. ¡Rafael!...

GONZ. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Lo que hemos sido!

BEN. ¡Y lo que somos! ¡Aún somos!

GONZ. (Tristemente.) ¡Ya!...

BEN. Aún nos conocen y nos admiran; aún vuelven la cara para vernos; como entonces.

GONZ. ¡Como entonces, no! De tantas lágrimas de entusiasmo, no ha quedado una sola de compasión. Ya ves: hoy no hemos comido; acaso nos quedemos sin comer.

BEN. Dios nos abrirá puertas.

(Por la izquierda entran en escena JUAN y ENRIQUE; son jóvenes, visten con elegancia y vienen conversando animadamente.)

ENR. Puedes creerme: tiemblo como un chiquillo.

JUAN Lo comprendo.

ENR. Te dijo ella que vendría, ¿verdad?

JUAN Sí: vendrá. El sitio no puede ser más apropósito; nadie se enterará de vuestra entrevista; os arreglais y en paz. Mi hermana te ha perdonado ya, tú la quieres, ¿a qué vivir separados?

ENR. Sí, tienes razón. (Advirtiendo la presencia de Benítez y González.) Calla, hay aquí dos hombres; nos han quitado el sitio.

JUAN (Mirándoles.) Es cierto.

ENR. (Idem.) Me contraría.

JUAN (Idem.) Puede que se marchen pronto, es tarde ya.

GONZ. (A Benítez.) Nos miran.

BEN. Sí.

GONZ. ¿Qué será?

BEN. Nos habrán conocido.

ENR. ¿Qué haríamos para que se marcharan?

JUAN Nada, hombre. ¿Qué vamos a hacer?

ENR. (Mirándoles.) Parecen dos asilados.

JUAN Sí

ENR. ¡Demonio de viejos!

JUAN No te impacientes, hombre, ven; ya se marcharán.

NR. (Haciendo mutis con Juan por la derecha.) Es preciso que se vayan. Quién iba a imaginar que a estas horas y en este sitio... (Mutis.)

GONZ. Es raro.

BEN. Sí.

GONZ. Nos miraban y parecían porfiar.

BEN. Es que uno de ellos debe conocernos, el otro no y dudan, ¿ves? ¡Aun somos!

GONZ. Mira: no nos quitan ojo.

BEN. Y vuelven.

GONZ. Parece que quieren hablarnos y no se atreven.

BEN. Es verdad. Pues sí, amiguitos, somos nosotros, ¡nosotros!

(Vuelven a entrar en escena JUAN y ENRIQUE.)

GONZ. (Viendo que Enrique avanza hacia ellos, después de titubear) ¡Se atreven!

ENR. Perdónenme. ¿Serán ustedes?...

BEN. (Interrumpiéndole.) José María Benítez y Rafael González, caballero.

ENR. No: digo que... si serían ustedes tan nobles que... que nos dejaran este banco.

BEN. (Lívido.) ¿Eh?

ENR. Una cita en este lugar me obliga...

JUAN Sí; un asunto de honor...

BEN. ¡Pero!...

ENR. A cambio de este favor... (Toma una mano de Benítez y deposita en ella cariñosamente unas pesetas.)

BEN. (Desencajado, trémulo de indignación.) ¿Qué es esto? ¡Dinero! ¡No! (Levantando el brazo y disponiéndose a tirar las pesetas a los pies de Enrique.) ¡Si es limosna, señor, ved lo que hago!

GONZ. (Sujetándole la mano.) ¡Guarda, Enrico!...

BEN. ¡No!

GONZ. (Con tristeza.) ¡Guarda!... Podemos comer hoy; no cierres la puerta que Dios nos abrió. (Benítez reprime su indignación, deja caer el brazo dócilmente e inclina avergonzado la cabeza.)

ENR. (A Juan) ¿Tú entiendes esto? (Juan hace un significativo movimiento de estupefacción y de asombro.)

GONZ. (Cariñosamente a Benítez.) Vamos, Enrico, vamos. (A los demás.) Muy buenas tardes, caballeros y muchas gracias. (Secándose una lágrima.) Muy buenas tardes

ENR. (Sin hacerles caso y mirando afanoso al lado opuesto.) ¡Creo que viene Juan: creo que es ella!

BEN. (Conteniendo un sollozo.) Buenas... tardes. (Tomando del brazo a González y alejándose del banco.) ¡Rafael! (Viendo que González se seca una lágrima.) ¿Lloras?

GONZ. ¡De alegría! ¡Vamos a comer!

BEN. A costa de la última ilusión. No somos, Rafael, no somos. Nos han olvidado todos, ¡todos!

GONZ. Dios no, Pepillo... ¡Dios no!

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.

3 0112 115865138

LIBROS - NOVELAS Y REVISTAS
COMPRA-VENTA Y CAMBIO
Marqués de Santa Ana, 43
MADRID
PRECIO UNA PESETA